

Adiós a Pedro Ginés Celdrán

Palabras en la muerte
de un artista

VUELVE la muerte a hacer de las suyas en La Unión, y no hay más que decir. ¿O sí hay que decir, o sí hay que preguntarse por qué la muerte se decide a convertirme a tí, amigo, en verso de Miguel, dando, tan tempranamente, «a las desalentadas amapolas, tu corazón por alimento», justamente como en el poema hernandiano, tantas veces repetido, que a tí y a mí tanto nos cautivó, por supuesto muchos años antes de que el pueblo lo hiciera suyo? Al menos, que sepa, la muerte, digo, que no le perdonamos nos deje mutilado el grupo de pintores que durante largos años, hombro con hombro, por amor al arte —importa el dato, hoy—, por amor a la tierra también, claro, hemos contribuido de algún modo a completar parte de la historia del Festival Nacional del Cante de las Minas, que es tanto como decir parte de la historia de La Unión. Ni tú ni nosotros nos merecíamos esto.

La verdad es que va a resultar difícil acostumbrarnos a no tropezarnos contigo, cada día, calle Mayor adelante, a la sombra de las nuevas edificaciones en flor, aquellas que, al apartarse de la tradición arquitectónica de la ciudad —¡ojo, que la tiene!— han acabado por convertir la más hermosa calle de La Unión en un ámbito un tanto asfixiante, totalmente impersonal.

¿Cómo vengo a recordar, ahora que tocamos el empinado tema urbanístico, tu flamígera furia arcángelica, espadas en alto, esgrimiendo como un lúcido, contumaz lema: «¡Todo menos talar las acacias de la calle Real!». Ya ves, precisamente al revés de lo que se ha hecho, sin reflexionar en lo que le cuesta al árbol nuevo ganar la estatura apetecida, sin caer tampoco en la cuenta de que un aforismo inexorable —¡lo aprendamos de Pedro Guerrero, de Hernández Cano?— nos aconseja: «Si un árbol deteriora tu casa, tira tu casa».

Decíamos. Mientras en tu estudio de deseca el arco iris de tus óleos dentro de los tubos, mientras tus hijos empiezan a buscarte más allá de una fotografía que el tiempo amarilleará, habremos de acostumbrarnos a que tus proyectos sólo en proyectos se queden para siempre, ya fuera de tu copioso currículum deslumbrador, desbordado por tu amor a la pintura, por tu devoción, y no exagero un ápice, al teatro, en el que tantas

pruebas diste de tu buen hacer dirigiendo un Lorca, un Valle Inclán, un Jardiel Poncela... Más: por tu competencia como profesor de Bellas Artes, por tu fidelidad a la tierra, por tu labor impagable en la Coral Polifónica Carhago-Nova. ¿Cómo sonaron sus voces, al mundo de Pepe Espinosa, la otra tarde, en tu funeral, precisamente bajo las bóvedas del templo del Rosario, en el que tantas horas consumiste a favor de su restauración, todavía incompleta! Pocas cosas, siendo tantas, te parecerán ahora a tí, contempladas desde la otra orilla, allí donde, a la luz de Dios, al interrumpir tu vida entre nosotros habrás alcanzado la Belleza, con mayúscula, tú que en la tierra la buscaste a través del arte, tercamente, amorosamente, desesperadamente. Por eso, porque somos gente de fe, no caben en estas palabras la inútil congoja, el desmelamiento sentimental. En última instancia, para nosotros los cristianos no hay muertos.

Otra cosa es, claro, no echarte de menos aquí, en la tierra, donde tanta falta nos van a hacer. Dentro de pocas semanas, por ejemplo, el Festival Minero convocará a todos a una nueva versión. En su día, el bellissimo espacio arquitectónico —hierro y cristal— del viejo Mercado Público, hoy sede del certamen, volverá a convertirse en áureo fanal nocturno y trepará, hecha queja y suspiro, la copla de las minas, como una enredadera, por los troncos del aire. Todo recobrará entonces un gozoso marchamo de festejo mayor. Pero ya nada será igual, Pedro Ginés, porque ya no estarás tú entre nosotros, ni tampoco Luis Gijón —¡qué año negro, amigo!— que, siempre en posesión del buen diseño decorativo a favor del Festival, cambiaba Madrid por La Unión todos los veranos; ni Juanela Sáez, vos anónima de los archivos la mejor fotografía exaltadora de La Unión, su pasión, con destino al prorama festivalero, o descubriendo un posible defecto en los preparativos escenográficos —«Cuatro ojos ven más que dos, hijos míos»— o, simplemente, secándonos unos pinceles que antes habían servido pra trazar la silueta de un castillete, una vagoneta, la vera efigie chulapona de Emilia Benito... Se encenderán de nuevo, decíamos, las candilejas del gran «tablao» del cante y tremolarán en el azul las alegres banderolas de la fiesta, pero tú sabes que ya nunca volverá a ser nada lo mismo, Pedro Ginés, amigo, «compañero del alma», ya nunca más.